

Reconciliación y Paz

Según Hellinger la paz se da cuando los que antes estuvieron opuestos se encuentran, se reconocen mutuamente. Juntos sienten el dolor de las víctimas de ambos lados y reconocen el sufrimiento que se han acusado mutuamente (Hellinger, El intercambio, 2007)

El conflicto es la condición previa para la paz. Sin embargo, a veces la conciencia que rige en un determinado grupo amenaza la paz. En los grupos, nos volvemos ciegos hacia el individuo. Cuando está en contra de las fuerzas colectivas, el individuo es impotente, lo cual significa que tiene que esperar el tiempo correcto, hasta que las fuerzas de guerra se hayan agotado. También significa aguantar el conflicto y aceptarlo totalmente.

Solo la unión con la Gran Alma nos permite mirar libremente y sin prejuicios a las implicaciones, superándolas a través de la orientación hacia lo más grande. Frecuentemente podemos observar que pacientes que lograron dar un primer paso para salir de sus implicaciones, al cabo de un tiempo vuelven a caer en ellas. La razón se halla en que las implicaciones sistémicas, por muy graves que puedan parecer para personas ajenas, a la persona afectada le dan la sensación de pertenencia, de amor y de poder: la conciencia, aun donde nos asalta ciega e impulsivamente, nos confiere una sensación infantil de plenitud y de felicidad, de paz y de estar acogido.

Solo extendiendo el esclarecimiento también a la conciencia, desprendiéndonos de ella para avanzar hacia el ámbito de la Gran Alma, las necesidades impulsivas de pertenencia, de reconocimiento y de compensación son despojadas de sus efectos enfermizos y amenazantes para la vida. Tan solo a este nivel superior el amor que ciega cobra clarividencia; la compensación que únicamente perpetúa la fatalidad se convierte en compensación que pone fin a

Reconciliación y Paz

la fatalidad; y la arrogancia convencida de que podría deshacer y cambiar los destinos de otras personas, cede a la humildad, consciente de los límites de nuestro amor. Es tan solo esta humildad la que nos pone en armonía con la salud y la enfermedad, con el bien y el mal, con la vida y la muerte. En último término, sin embargo, se trata de un acto religioso: en él, yo y Gran Alma se hacen uno (Hellinger, El manantial no tiene que preguntar por el camino, 2008).

La paz nos exige toda la fuerza y todo el valor. Cuando estamos de acuerdo, cuando aceptamos un conflicto o una situación y los reconocemos como la realidad, entonces ganamos fuerza para poder tener influencia. Hay que mirar de dónde podemos tomar esa fuerza. Esta se encuentra en nuestra familia; la reconciliación toma lugar en el alma. Quien no lo logra tampoco puede generar la paz. Para Hellinger, la guerra es de los dioses, y estos dioses se llaman democracia, libertad, independencia, autonomía y la obsesión de ganancias, entre otros. Los seres humanos nos adherimos a estos dioses (Hellinger, El manantial no tiene que preguntar por el camino, 2008).

La experiencia histórica muestra que en los conflictos la paz solamente puede llegar cuando ambos lados han llegado a una impotencia, cuando ya no pueden más. Entonces es realmente la impotencia la que lleva a la paz. Sin embargo, Hellinger opina que el principal obstáculo para la paz es el recuerdo. Cada recuerdo debilita. El secreto de la paz es que se da cuando el pasado queda finalmente en el pasado, habiéndolo mirado, habiéndose enfrentado, dolido por una última vez.

Un destino que se rechaza se apodera de nosotros. Cuando reconocemos y aceptamos nuestro destino ganamos fuerza, fuerza para la paz interna y para la paz en el mundo. La paz empieza en la propia alma. También puede empezar

Reconciliación y Paz

a darse cuando dejamos de diferenciar entre el bien y el mal, cuando consideramos que estos opuestos son parte de un todo. En el momento en que pensamos que nosotros somos “los buenos” excluimos a otros que consideramos “los malos”.

Paradójicamente cuando miramos hacia nuestra alma y lo que consideramos como bien o mal, podemos comprobar que entre los dos el así llamado “mal” tiene más peso, tiene más fuerza. Al mismo tiempo, nos podemos dar cuenta de que el así llamado “bien” no tiene mucha fuerza y está muy limitado sin su opuesto (Lammoglia & Robl, 2008).

Referencia:

Hellinger, B. (2009) El amor del espíritu. Un estado del ser. Barcelona. Rigden institut gestalt